

Libros recientes de ensayo y ciencias humanas

En el presente número de «Cuenta y Razón» reseñaremos aquellos libros recientes que han aparecido en uno de esos dos momentos en los que el mercado editorial español parece tener una cierta efervescencia, las fiestas navideñas, momento propio a la aparición de nove-

dades de valía dispar pero destinadas todas ellas a un consumo del que se espera que sea abundante. Esto obliga a modificar un tanto el habitual orden de esta sección que en este caso procurará acomodarse a las preferencias ya señaladas del público lector.

JAVIER TUSELL

Biografía

En las listas de mayores ventas encontramos, cuando se redactan estas páginas, algo esperable y algo que lo era mucho menos. Era imaginable, desde hacía muchos meses que en la lista de libros de no ficción hubiera una gran abundancia de los dedicados al general Franco, aparecidos con ocasión del centenario de su nacimiento, incluso se podía esperar que hubiera muchos más libros de divulgación que

de verdadera investigación. Lo que sorprende es, sin embargo, que Franco haya dado lugar no sólo a reportajes sino incluso a novelas.

La lectura de la última novela de Manuel Vázquez Montalbán, «Autobiografía del general Franco», Barcelona, Planeta, 1992. 663 pp. produce en cualquier lector español con un poco de sensibilidad y cultura una creciente irritación. Se trata del texto entrecruzado de una supuesta biografía de Franco y las reflexiones de quien la escribe, un luchador antifranquista.

La indignación nace, al principio, de los errores. Para que el texto atribuido a Franco tenga verosimilitud debiera evitarlos pero cada cinco páginas hay al menos uno de bulto. Se trata de meteduras de pata en nombres y apellidos, en cargos, en acontecimientos, en atribuciones de frases... No es que Vázquez Montalbán carezca de conocimientos sobre Franco pero la suya es una erudición desordenada de lo que lo grave es que se presenta con la pretensión de verdad objetiva. Como no puede menos de ser el

Franco que resulta tiene poco que ver con el real y lo curioso es que, frente a lo que cabría esperar, parece mejor de como probablemente era. El de Vázquez Montalbán es un Franco intelectual que lee a Santo Tomás, se preocupa de la muerte



Manuel Vázquez Montalbán.

de García Lorca, se pone a discutir con el lector acerca de su propia condición viril y habla con modestia de sí mismo, en vez de utilizar la tercera persona, «el Caudillo» que en él era habitual.

Esta no es una crítica de carácter literario, pero a quien pueda interesarle le comunicaré que, para llegar a un resultado más valioso como narración fabulada y menos deshonesto como reconstrucción del pasado resulta mucho mejor «La leyenda del César

visionario» de Francisco Umbral. Pero lo que mueve a la indignación es el epílogo del libro en que el escritor embiste contra la «pandilla de historiadores objetivos» como si no fuera ni posible ni deseable la reconstrucción del pasado. Uno recuerda haber leído idéntica opinión nada menos que en Vizcaíno Casas y se asombra de que la repita Vázquez Montalbán. La nostalgia y el odio parecen, pues, tener iguales efectos. Pero España como colectividad, los propios luchadores antifranquistas y, sobre todo, las generaciones del futuro merecen que esa reconstrucción, que es viable, sea, además, lo más concienzuda posible. Conocer supone ponerse en condiciones de juzgar y evitar la repetición de épocas pasadas. Crisparse en el odio o la nostal-

gia, ambos indocumentados, concluye en la esterilidad y la fijación en el pasado. La Historia nos libra de ambas. Hecha esta afirmación, que parece obvia, podemos pasar a revisar algunos de los títulos aparecidos sobre Franco en las últimas semanas. Ninguno de ellos supera al de Payne, ya reseñado en estas páginas. La valía de *Fernando Vizcaíno Casas*, «1975. El año en que Franco murió en la cama», Barcelona, Planeta, 1992; *Ángel Palomino*, «Caudillo», Barcelona, Planeta, 1992 y *Jaime Peñafiel* «El general y su tropa. Mis recuerdos de la familia Franco», Madrid, Temas de Hoy, 1992, no es desde el punto de vista histórico muy grande por lo que es lícito hacer una reseña crítica global de estos tres títulos.

En la ola de libros acerca de Franco que nos invade hay que hacer también obligada referencia a aquellos escritos desde una perspectiva laudatoria o aquellos otros que se ciñen a aspectos puramente anecdóticos, lo que, por supuesto, es perfectamente legítimo, siempre que no se pretenda trascender esta categoría y pontificar desde ella. Dos escritores de cuya identificación con el general no cabrá la menor duda, Vizcaíno Casas y Palomino, han escrito sendos libros aprovechando la ocasión del centenario de su nacimiento, que es de suponer que obtengan cierto éxito entre sus partidarios. Ambos libros tienen en común no sólo no estar escritos por histo-

riadores sino, además, partir de la base de que la Historia que se ha hecho en los últimos años acerca de Franco y su régimen se basa en una descarada manipulación contraria al general. Los dos, además, coinciden en algunos puntos como, por ejemplo, la afirmación de que Franco no tuvo oposición alguna que merezca tal nombre o en un sentimiento nostálgico acerca de unas instituciones e incluso unas formas de vida ya desaparecidas.

El libro de Vizcaíno Casas no es otra cosa que una narración del año 1975 a base de enlazar recortes de prensa relativos a esa fecha y ampliar la información con la lectura de algunos libros de memorias. Eso tiene una ventaja y es que evita al lector obligado a leer cuanto se publica acerca de Franco ese humor chocarrero y agarbanzado que suele ser ca-



Ángel Palomino.

racterística principal del autor. Pero para libro de añoranza de este autor que merezca la pena ser leído hay que remitirse a su evocación de los años cuarenta («Contando los cuarenta») que no dejaba de tener interés. El que ahora reseñamos no merece la lectura porque viene a ser una especie de anuario con alguna mala intención en contra de determinadas personas más que en favor del general. Es tan obvio que el general Franco murió en la cama, que su dictadura en algún momento final resultó relativamente tolerante con una parte de la oposición y que hubo periodistas que escribían en la prensa entonces y siguen haciéndolo ahora, que no merece la pena escribir un libro para decir eso. Tampoco merece la pena escribir siquiera dos líneas para señalar las fragilida-

des de las tesis de Vizcaíno sobre el régimen de Franco. Baste con recordar, por ejemplo, que la mejor forma de descubrir si un régimen tiene o no oposición consiste en dejar que se vote. Franco no dejó, de modo que no tiene sentido alguno decir que por el hecho de permanecer había adquirido el apoyo de los españoles. Esa especie de legitimación por prescripción, sin embargo, fue utilizada, con evidente desfachatez, como argumento en beneficio propio por el general Franco. Vizcaíno lo hace ahora de nuevo sin que eso haga prosperar la pacidad de convicción de esa tesis.

El libro de Palomino resulta peor todavía porque pretende ser una biografía de Franco que auna la radical falta de criterio acerca de lo que sea la Historia y cómo se escribe, la deshonestidad de pretender estar dotado de documentación inédita cuando los textos que utiliza son de sobra conocidos y la obsesión por mantener algunas tesis tradicionales de la historiografía de extrema derecha que una persona con un mínimo de cultura crearía olvidadas. Entre otras cosas grotescas que uno encuentra en este libro destaca la tesis de que en julio de 1936, «los golpistas eran ellos» o el encabezamiento dado a algunos textos («Documento. Documento. Documento»). No se entiende que este libro no ya se lea sino ni tan siquiera se edite en un país civilizado. El historiador profesional pue-



Jaime Peñafiel.

de incluso tener la tentación de no hablar de este tipo de libros, entre otros motivos para no ser acusado de denigrar a supuestos competidores comerciales. Pero es una obligación moral decir lo que uno piensa y me siento capaz de resumirlo indicando que lo malo de estos dos escritores, no es ni siquiera que en ellos la nostalgia del pasado se convierta en crispación contra el presente, sino que para ser franquistas retrospectivos, se podían tomar la molestia de leer y trabajar más acerca del personaje que les sigue entusiasmando. La verdad es que, con sus fragilidades bien evidentes, el libro de Luis Suárez, en ocho gruesos tomos, tiene el mérito de una documentación interesante, aunque fragmentaria y sustraída al uso común de los historiadores y no siempre bien utilizada y menos aún entendida. Esa podría haber sido una fórmula de reivindicación de Franco; no, por supuesto, la

de Vizcaíno o Palomino. Algún día habrá un verdadero revisionismo derechista acerca de Franco como lo ha habido en Alemania en relación con Hitler, pero no serán sus autores los dos citados.

Es una lástima que la ocasión del centenario no haya sido aprovechada para que algún ex ministro de Franco publicara sus memorias. Estas podrán ser más o menos discutibles pero siempre se pueden convertir en un texto de interés primordial para el futuro. El libro de Peñafiel, claro está, no cubre esa laguna pero tiene el interés de contener algunas anécdotas acerca de la vida del círculo más íntimo de los Franco en la época de la decadencia vital del dictador. El clima es-perpéntico de esa etapa contará,

2n adelante, con las apostillas de este conocido periodista, bien cercano a ese mundo y que ahora descarga una considerable acidez contra él. La mejor anécdota, de las varias divertidas que cuenta Peñafiel, bien descriptiva del general, es una de caza que parece extraída de la película de Berlanga. El periodista permaneció ocho horas en un puesto sin comer y sin poder evacuar de manera civilizada sus necesidades; eso sí, Franco, con un laconismo muy típico de su carácter, le obsequió con una conversación consistente en tan sólo tres palabras.

Si se quiere elegir como lectura una buena biografía quizá lo recomendable sea sustituir a un militar español por un intelectual francés. Sería bueno, en efecto, que Palomino leyera el libro de *Jean Lacouture*, «*André Malraux. Una vida en el siglo. 1901-1976*». Valencia. Edicions Alfons el Magnanim, 1992, 542 pp. para tener una idea de cómo se narra la vida de una persona.

De André Malraux no es fácil tener una opinión muy positiva a primera impresión. El propio Jean Lacouture ha descrito de una forma muy adecuada la razón por la que es así: falta en él la sensación de sencillez y de cordialidad que hacen atractivo a un personaje. Todo en su vida parece excesivo: hay demasiado romanticismo y demasiada aventura, pero sobre todo existe un exceso de consciente fabula-

ción mitificadora de lo que él mismo hizo. Cuando Malraux decía descubrir Oriente en realidad lo que estaba intentando era robar estatuas para venderlas a los norteamericanos, cuando pretendía haber hecho la revolución en China no había pasado de ser un turista y sus conversaciones con Mao en 1965 resultaron infinitamente más banales de lo que pretendió cuando las describió en sus «Antimemorias». La verdad es que Malraux inventó mucho, pero lo que la biografía de Lacouture descubre es que ésta era una especie de segunda naturaleza en él contra la que no podía luchar y que, por lo tanto, resulta más disculpable de lo que pudiera parecerlo en otro individuo.

No es necesario presentar a Jean Lacouture, que es bien conocido para cualquier buen amante de la biografía. Ha escrito la de algunos de los grandes escritores franceses contemporáneos (Mauriac, por ejemplo) o la de políticos singulares y de significación contrapuesta, como Blum o De Gaulle. Sin duda no llega a ser el profesional de la Historia que uno desearía ver enfrentado a individuos de la talla de los citados, pero tiene la virtud de superar con intuición y estilo una erudición que quizá acabaría por resultar irritante al lector. Además ha tenido el indudable mérito de progresar con el transcurso del tiempo. Al reportaje periodístico en que consistían sus prime-

ros libros le ha sustituido otro género de trabajos de una profundidad muy superior como son los ya citados y, en especial, la biografía de De Gaulle, que es sin duda (y con mucha



Fernando Vizcaíno Casas.

distancia) la mejor publicada hasta el momento presente.

Nada hace pensar que esta biografía de Malraux sea definitiva, pero es, sin duda, hoy en día la mejor existente. Lacouture sabe perfilar de manera muy convincente la imagen del escritor y, en el fondo, aunque no demuestre entusiasmo por muchas de sus actitudes da la sensación de profesarle un afecto indudable una vez que ha perforado su caparazón de poses y actitudes en exceso dramáticas. Lacouture empieza por situarle en un momento peculiar y crucial de la época contemporánea, el período de entreguerras; revela en él un talante que tiene no poco de D'Annunzio o de Lawrence. Da numerosísimas pruebas de su tendencia a mezclar, de una manera que sería difícil de tolerar en otro, la imaginación con la realidad. Malraux no fue ese peligroso revolucionario que había colaborado con Mao en los años veinte y los reencontraría en los sesenta, sino un ser ansioso de aventuras, siempre proclive a un cierto jacobinismo que veía en el uso de las armas la esperanza de la transformación del mundo. En el fondo hay otro Malraux al lado de esa estrella cultural megalómana que es como suele encasillarse por sus enemigos. Existe también un Malraux encerrado en su tarea tan sólo literaria, azotado a veces por tragedias biográficas y silencioso en los consejos de ministros frente a toda su espectacular facundia

externa. Le falta generosidad, capacidad para la espontaneidad y simplicidad pero, en cambio, le sobra centralidad —es decir protagonismo esencial— en los avalares de la vida cultural e intelectual francesa y, más en general, europea, durante los años treinta.

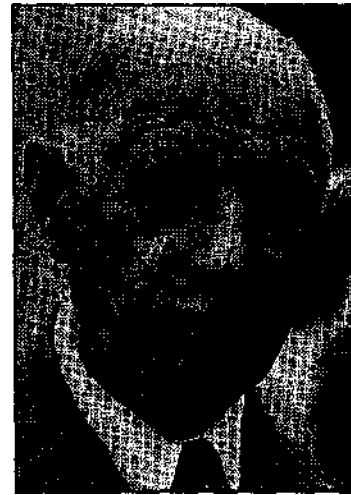
Sobre la presencia de Mal-raux en España durante la guerra civil el libro contiene revelaciones que se refieren mucho más a su evolución como intelectual que al papel militar que desempeñara. La-couture, en efecto, se limita a exponer las opiniones contrapuestas de quienes juzgaron que fue un estorbo militar o la de quienes le convierten en un héroe bélico. Más interesante es, sin embargo el juicio que emite acerca de su evolución ideológica como consecuencia de su estancia en España. El escritor luchó por «valores universales», más que como compañero de viaje del comunismo. Aunque no se enfrentara con éste durante la guerra española había iniciado la senda que le llevó en 1939 a decir ante el pacto nazi-soviético, «la revolución a este precio, no». Luego, en 1945, estuvo al lado de De Gaulle y no de los comunistas.

Arte

Un género de libro que suele aparecer en las estanterías durante el período navideño es el

libro de arte, a menudo convertido en objeto de consumo para los selectos. Parece, pues, obligado hacer mención de algunos de los aparecidos recientemente.

Empezaremos por uno dedicado a la obra de un pintor actual. Se trata de *José Corredor-Matheos y Alvaro Delgado Gal, «Alvaro Delgado, 1987-1992, Madrid, Espalter, 1992*. Uno de los interrogantes más obvios que cabe hacerse viendo una exposición o contemplando la obra reproducida de un artista es la que se refiere a la legitimidad de una evolución con el transcurso del tiempo. De un artista en la plenitud de capacidad creativa hay que esperar, en primer lugar, coherencia pero también capacidad para evolucionar. Existen, pues, dos peligros paralelos para un artista



Charles De Gaulle.

que tenga la pretensión de superarse a sí mismo. La coherencia no es la semejanza perpetua en un modo de hacer sino la voluntad de romper con un posible amaneramiento o la perduración en unas formas que se hayan convertidos en canónicamente repetitivas mediante un género de investigación que sea la prolongación de la llevada a cabo hasta el momento. En cambio la falta de evolución indica autosatisfacción, es decir todo lo contrario a juventud de espíritu. Recuérdese aquello que decía «Azorín» que la vejez es, sobre todo, la falta de curiosidad. Pero evolución indica también que existe un vínculo entre la obra del pasado y la del presente a través de un hilo que a veces puede entretenerse con dificultad, pero que al buen investigador no se le escapa nunca.

Esta reflexión sobre la evolución coherente se impone al tratar del libro

reciente sobre la obra de Alvaro Delgado. La conclusión que el lector tiene después de leer los textos y, sobre todo, de pasar la vista sobre las láminas es que se trata, por supuesto, de una de las posibles evoluciones de un artista proteico y pleno de vigor. La elección es de él mismo mientras que el espectador certifica su legitimidad. Artista de primera fila en el panorama del arte español desde mediados de los cuarenta, Alvaro Delgado siempre se ha caracterizado por una indudable sabiduría y una potencia creadora infrecuente. Ahora la segunda le ha llevado, en apariencia, a alejarse de su mundo para optar por el de un agitado expresionismo que bordea la abstracción pero que nunca pierde el asidero de la realidad. A quien no conociera su obra se le impondría la comparación, en especial con el expresionismo alemán de la posguerra.

Pero cualquier buen observador percibe de manera inmediata la coherencia evolutiva de su cambio. No se trata de una de esas modas que a veces transitan por el panorama del arte español. No tendría sentido alguno en él y menos aún en el presente momento. Lo que en Delgado se ha dado es una evolución gradual nacida de su inquietud. Pero perduran muchas cosas, bien evidentes, de su anterior trayectoria: ese dramatismo de sus figuras humanas se había dado ya en sus retratos, la supuesta arbitrariedad cromática descubre de

modo inmediato toda la mano sabia de un pintor de experiencia y, sobre todo, la fruición por el color en el paisaje testimonia la perduración de una sensibilidad generacional que, como otros, tomó en su momento inicial de Benjamín Falencia y la ha convertido en toda una ética vital. Sólo así se entiende el goce sensual que experimenta el espectador ante algunos de esos ondulados (uno diría casi ululantes) retazos de una realidad física por él tantas veces llevada al lienzo. En mi particular apreciación es en ese aspecto de la obra de Delgado donde se encuentra una mayor satisfacción estética, sin desmerecer esos tipos humanos de enorme calidad expresiva. Hace unos años se exhibió en la Tate Gallery una exposición del Picasso de los años sesenta y

posteriores que sin duda recuerda a esta pintura, y no porque Delgado haya sido tan admirador del genial malagueño ni porque se parezca su obra actual, sino por el hecho de que testimonia el mismo género de vigor y de identidad profunda de estilo.

El libro de arte suele pecar de dos inconvenientes que pueden llegar a ser destructivos: la debilidad del texto o la falta de calidad en las reproducciones. En este caso lo cierto es que ambos elementos reúnen la calidad debida y, además, el tipo de crítica que hacen los dos autores resulta complementaria. Es lástima que una errata, por otro lado fácilmente superable por el lector, afee uno de los comentarios. Del arte actual pasamos al Renacimiento y en este período hemos de hacer mención de un libro que resulta verdaderamen-

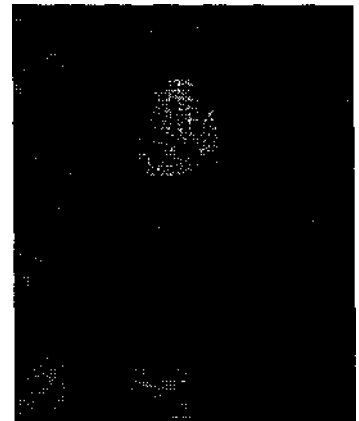
Alvaro Delgado.



te excepcional a la vez por su contenido y por su calidad editorial. Se trata de *Fernando Checa*, «*Felipe II, mecenas de las artes*», Madrid, Nerea, 512 pp. En efecto, el libro que recientemente ha publicado Nerea sobre el papel de Felipe II en la promoción del arte de su tiempo mueve a una primera reflexión acerca de lo que ha venido siendo el modernismo español, es decir el estudio de aquella parte de nuestra historia que se extiende a los siglos XVI, XVII y XVIII en el que el papel de nuestro país ha sido muy superior al de épocas posteriores. Campo de investigación predilecto en otros tiempos, los posteriores a la guerra civil, por parte de los historiadores más brillantes, el modernismo con posterioridad pareció ceder ante el interés apasionado de especialistas procedentes de otras latitudes hasta el punto de que ha podido haber momentos en que ha dado la sensación de que todos los problemas decisivos eran abordados por historiadores extranjeros. Se puede decir que lo ocurrido en este campo ha sido lo estrictamente contrario a lo acontecido en *Historia Contemporánea*, campo exclusivo de la historiografía anglosajona o francesa hace veinticinco años pero donde ya hay pocas novedades de esa procedencia. El nombre de Elliot, aparte de sus muchísimos merecimientos, es indicativo de cuanto se ha indicado respecto del modernismo. Pero parece que por fortuna las cosas están cambiando y un buen ejemplo

lo proporciona el libro de Checa. De una excepcional solidez y cosmopolitismo en las fuentes empleadas, tiene, además, como elemento distintivo el haber elegido una cuestión crucial para el estudio de la época reseñada y no una pura temática erudita o de interés tan sólo local como suele ser habitual en parte de la historiografía española actual.

De Felipe II tenemos varias imágenes contrapuestas que son la sucesión de las que nos ha ido dejando la leyenda, la obra de los historiadores de tiempos remotos y la de los más recientes. Lejos estamos ya de ese momento en que teníamos del monarca la imagen torva y retorcida derivada de la relación con su hijo. Lo que ahora abunda



Retrato de Felipe II.

más es la consideración de Felipe II como un Rey burócrata condenado a despejar su mesa de un papeleo incesante y abrumador y minucioso cumplidor de sus obligaciones como dirigente político. Pero ése no es el único Felipe II posible sino que hay otros. En el libro de Checa se nos proporciona la imagen de una persona cuya contribución al desarrollo del arte occidental fue de primera magnitud y que a ello dedicó buena parte de su tiempo; si se equivocó con el Greco, por razones de inadecuación a sus proyectos que Checa explica, acertó plenamente con muchos otros. Si Felipe IV, en tiempos en que ya apuntaba la decadencia, se cartaba con Velázquez, Felipe II en el máximo esplendor del Imperio español lo hacía con Tiziano.

Todo esto puede pensarse que era ya suficientemente conocido, pero el mérito de Checa consiste en haberlo confirmado y concretado. Resulta esencial para comprender el gusto de

Felipe II tener muy en cuenta los dos centros artísticos del mundo de entonces que habían sido también los polos de atracción de los viajes de su padre y que jugaron un papel esencial en la formación del monarca: Flandes e Italia. Checa narra el proceso formativo del gusto del Rey Prudente como una victoria final de lo italiano sobre lo flamenco. De lo que no cabe la menor duda es de que el ideal en que se fundamentaba ese gusto era el producto de la coincidencia de dos mundos a veces considerados, injustificadamente, como antitéticos, el del Cristianismo y el del Renacimiento.

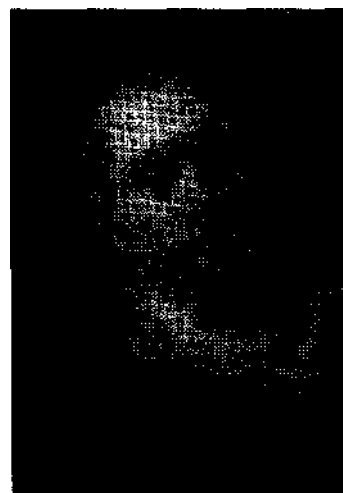
La expresión de esos dos ideales y mucho más del arte italiano que del fiameño fue el Monasterio de El Escorial que, muy pronto y merecidamente, se convierte en el protagonista esencial de la obra de Checa. No es posible transcribir, siquiera de forma esquemática, la información que da nuestro autor acerca de este clásico de la arquitectura mundial. Lo que interesa es señalar que en ningún otro libro publicado hasta el momento se encuentra una explicación tan comprensiva de este conjunto artístico como tal, guiado por un propósito global que incluso incluye la integración en el paisaje de una manera determinada, y realizado en un espacio de tiempo excepcionalmente breve. Merece especial atención el cuidado con el que está editado e impreso este libro que lo con-

vierte en una auténtica joya de la industria editorial española. Es habitual que en un libro de Historia del Arte exista una desproporción entre el texto y la ilustración que suele resolverse en perjuicio de uno de ellos. Pero no es éste el caso que comentamos pues en él se une la calidad del texto de Checa a una ilustración abundantísima, novedosa y siempre muy ceñida al texto, como es lógico pero a veces es infrecuente. No se ha publicado durante el presente año un libro de Historia del Arte en España que reúna las calidades de éste y no son tan frecuentes, por desgracia, los que hay en el mercado editorial con un nivel semejante al suyo.

Nuestro recorrido por la Historia del Arte puede acabar con un libro colectivo que quizá

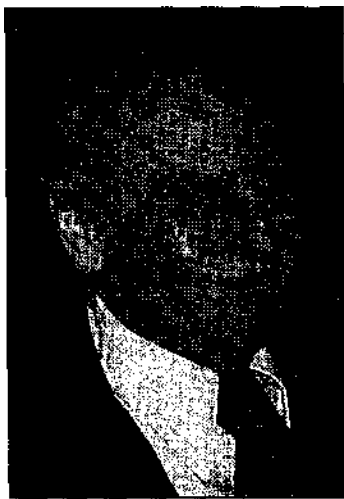
puede interesar a un público más amplio por la amplitud cronológica y temática que abarca. Se trata de *Varios autores, «Veintitrés biografías de pintores. Museo del Prado», Fundación de Amigos del Museo del Prado-Mondadori, 1992, 503 pp.*

Periódicamente la Fundación de Amigos del Museo del Prado organiza ciclos de conferencias que pretenden referirse a algún aspecto de nuestra primera institución museística y superar de forma neta la media habitual de los ciclos de mera divulgación acerca de ella. El resultado ha sido a veces publicado en forma de libro. La última serie de conferencias aparece plasmada ahora en el tomo que reseñamos que es, sin duda, la publicación más interesante que hasta el momento se ha llevado a cabo por la citada institución. La idea que preside el texto es intentar hacer una disección de



Francisco de Goya. Autorretrato.

la pintura del Museo del Prado a través de la explicación biográfica de quienes adquieren protagonismo en él merced a los cuadros que figuran en sus paredes. Como muy bien explica Calvo Serraller, uno de los inspiradores del ciclo de conferencias y redactor de dos capítulos del libro, ha existido en otro tiempo un intento de hacer una Historia del Arte que pretendió ser antibiográfica, es decir, basarse en conceptos mu-



Francisco Ayala.

cho más que en la personalidad de aquellos que les daban cuerpo. Esa óptica antibiográfica tenía que luchar con una tendencia muy evidente en la historiografía del XIX que era la mitificación del artista considerado como un ser al margen de lo habitual y justificado en su transgresión de las normas. Como es lógico ese género de interpretación ha dado lugar a simplificaciones por completo obvias y en la actualidad insos-

tenibles. Pero también los tiempos actuales han visto reaparecer la pasión por lo individual y lo biográfico, y sin duda existe un número muy elevado de artistas cuya obra no se puede explicar sin tener en cuenta, al menos mínimamente, su radical peculiaridad humana. Otros también pueden ser capaces de mostrar, incluso a pesar del prosaísmo de su vida, el significado de una época. La biografía no basta para explicar la Historia, pero no cabe la menor duda de que es un procedimiento para acceder a ella.

El lector, ante un libro de este género, queda tan convencido de que es así que en algún momento llega a lamentar que el libro no haya sido obra de tan sólo un autor. Un libro plural tiene siempre la desventaja de la irregularidad y, si es producto de una serie de

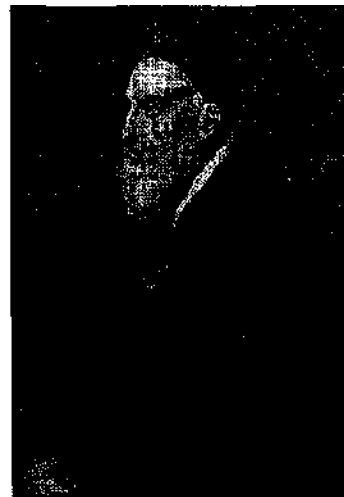
conferencias, a este inconveniente suele añadir el de un tono coloquial que puede llegar a resultar contraproducente por la tendencia a la superficialidad. Si se tratara de la obra de un solo autor una evidente ventaja que podría llegar a tener sería que permitiría la comparación tipológica entre diferentes modos de ser artista a lo largo de los tiempos. En este libro hay quizá, además, un número demasiado elevado de erratas que afean la edición. Sin embargo, hecha la mención de esos defectos, hay que decir que el resultado del libro es francamente positivo y éste constituye un conjunto ameno de lectura y de un nivel muy superior a la media, sobre todo teniendo en cuenta que se trata de un tomo que, acogiendo a firmas de primerísima línea del mundo intelectual español y de los especialistas de más allá de nuestras fronteras, no pierde la condición de carácter divulgativo que tiene su justificación obvia en el objeto social de la de la entidad organizadora de las conferencias.

Quizá un lector muy especializado puede considerar que es un atrevimiento la mezcla entre autores tan distintos como los intelectuales sin dedicación a la Historia de la Pintura y los especialistas en ella, nacionales o extranjeros. La verdad es, sin embargo, que hablar durante una hora de Goya o de Picasso en el Prado puede concluir en un ejercicio de repetición o de exhibición de la banalidad. Lo cierto es, sin embargo, que no

siendo Semprún en absoluto un especialista en estas materias hace una breve pero muy sugerente interpretación de Goya. Francisco Ayala, en cambio, opta por dar una clase acerca de Velázquez y testimonia, una vez más, que siendo un excelente escritor es también un profesor de primera fila. Mucho peor funciona la fórmula en los textos de Perucho dedicado a Picasso, en el de Saramago, a Mantegna, o en el de Azancot a El Greco. Entre los especialistas españoles hay excelentes interpretaciones de una trayectoria artística a partir del elemento biográfico como pueden ser los casos de Pérez Sánchez o de Cruz Valdovinos; hay quien,

sin embargo, reduce el contenido de su conferencia a una explicación de un pintor a través de su obra. La valía de las aportaciones de especialistas extranjeros es muy semejante a la de los españoles, lo que parece testimoniar una evidente calidad objetiva de estos últimos.

El lector que concluye 1; lectura de este libro, mucho más atractiva que suelen serlo las monografías de Historia del Arte, concluye que, sin la menor duda, el procedimiento biográfico es útil para la comprensión de la Historia del Arte. La Fundación de Amigos del Museo del Prado ha sabido cumplir con una de sus misio-



Titiano.

nes de difusión al proporcionarnos un libro como este.